

REFLEXIONES

Recordando a mamá

■ Nos parecían seres de otro mundo y, en cierta forma, lo eran.

Las estrellas de cine del período en que Hollywood se autoproclamaba la capital del celuloide y el cine sonoro principiaba a afianzar el gran negocio, se alzaron ante la imaginación popular como seres humanos que estaban más allá del bien y del mal.

Los escándalos que protagonizaban y su desinhibida conducta era excusada por esta calidad de "estrellas" que la propaganda les atribuía, mientras que cualquier recurso era válido para ellas en el juego de mantener la primacía de su popularidad.

Joan Crawford fue la gran estrella de esa época. Su historia, mil veces relatada por los periodistas especializados, parecía un cuento de hadas. Había sido tanto o más pobre que La Cenicienta y nunca contó con el amor ni de su madre, ni de su padre, ni de su hermano. Creció sola y abandonada, hasta que se convirtió en bailarina de cabaret. En 1924 el empresario J. J. Shubert la contrató como corista en su compañía de revistas y, de ahí en adelante, su ascenso fue meteórico. Joan Crawford fue estrella antes de ser actriz y, en realidad, jamás llegó a ser lo último. Conoció todas las triquiñuelas para mantenerse como estrella y entregar al público la imagen que él quería de ella. Cuando su juventud principió a apagarse, la Crawford se las ingenió para llamar la atención a su esterilidad y comenzó a adoptar huérfanos. La triquiñuela le valió mantener la atención y el cariño de su público. De la sofisticada "flapper" pasaba a ser "la abnegada madre cariñosa" que entregaba a huérfanos el amor que ella no tuvo de niña. Fueron cuatro los niños así adoptados, sabiamente dosificados, según los resultados que arrojaban las encuestas de popularidad.

Ha pasado tiempo desde ese período. Joan Crawford siguió siendo una "estrella" por derecho propio y hasta uno de sus matrimonios la convirtió en la dueña de la Pepsi Cola. Murió

sin que el olvido hubiera crecido en torno a ella.

Ahora, cuando su muerte parecía haber puesto punto final a una popularidad trabajosamente mantenida, su nombre ha vuelto a saltar a la primera plana de la actualidad. Desde hace unas semanas encabeza la lista de los best sellers norteamericanos, un libro que bajo el nombre de "Querida mamá" firma Christina Crawford, quien es la primera huérfana que adoptara la estrella.

Es la otra cara de la medalla. El recuento de lo que sucedía en el hogar de la Crawford tan pronto como los periodistas y fotógrafos se alejaban. Un relato de horror y crueldad, de sádicos castigos, de depravación y amargura. Christina Crawford cuenta con lujo de detalles cómo en las Navidades ella y sus hermanos recibían costosos regalos con los que eran fotografiados para dar testimonio de la magnanimidad y cariño de la estrella y de los que eran luego desprovistos; la forma cómo eran atados en sus lechos para ser azotados ferozmente con correas; las humillaciones que su madre adoptiva les infligía en sus frecuentes estados de ebriedad.

Podría pensarse que la hija adoptiva de Joan Crawford también, a su vez, está buscando publicidad y lo hace a costa de enlodar la imagen de la estrella de cine, pero el tono del relato es de tal veracidad y los sentimientos de la hija, no obstante lo relatado, tan angustiosamente de amor por su madre, que esa sospecha se deja pronto de lado.

Y es esta admiración y amor que Christina exhibe en su libro lo que llama a la reflexión. No obstante haber sido la víctima de los recursos de publicidad de su madre adoptiva, Christina parece haber sido influida por esos trucos, haber caído también en la trampa y sigue pensando que, a pesar de todo, fue una gran mujer.

¿Hasta dónde puede llegar el poder de la publicidad?

PARTIQUINO